La isla que se resiste a morir



Estudiante de Ciencias de la Comunicación UPC
ALONSO CANTUARIAS DE LAS CASAS

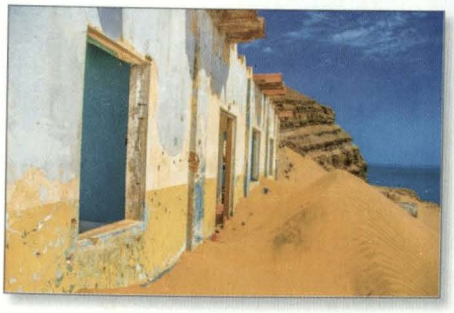


Foto: Erick Flores.

Esta allí, frente a las costas de una Lima que cambia físicamente pero que en esencia sigue siendo la misma. Las olas la embisten una y otra vez, erosionando una superficie ya bastante maltratada por la naturaleza. La neblina la desaparece por momentos, acaso para aislarla aún más de una urbe, como la otrora Ciudad de los Reyes cuyos habitantes continúan mirándola con curiosidad pese a que todos saben hasta el hartazgo de su existencia.

"Es un pedazo de tierra inerte", dicen algunos."Solo se trata de una isla desierta y sin atractivo", manifiestan otros. Guarida de piratas, soldados españoles y bandidos de la peor calaña, según la historia.

¿Qué de especial puede tener una porción de tierra bañada por las aguas del Pacífico? ¿Hay algo mágico en un territorio desértico, accidentado y que nadie aparentemente ha podido domar? Una veintena de jóvenes estudiantes de la UPC pudieron ver con sus ojos y con sus cámaras los encantos que guarda una isla que se resiste a morir, acaso impulsada por el espíritu de mártir del santo que dio origen a su nombre: San Lorenzo.

No se está sobre las brasas de carbón pero vaya que la tierra arde como la parrilla en la cual fue carbonizado Lorenzo, diácono romano, allá por el año 258.

En cuanto uno pisa la isla, luego de viajar por más de 20 minutos en bote desde La Punta, sabe que está en un lugar donde se respira un aire diferente, y no solo es por la brisa marina. Todavía se puede sentir el olor a pólvora en el ambiente.

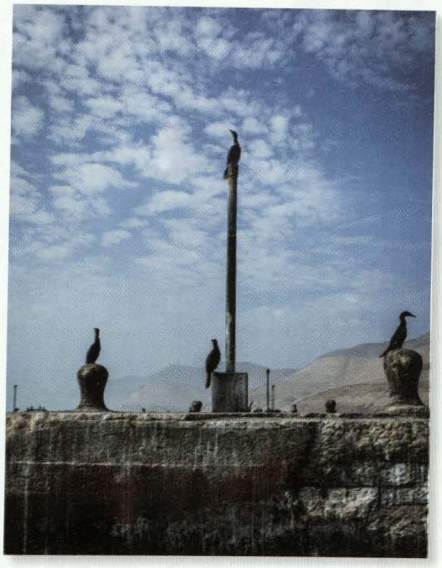
El respeto es una condición que se adopta rápidamente por la presencia de los efectivos de la Marina de Guerra del Perú, quizás las únicas personas que, tras varios siglos, han logrado asentarse sobre este territorio al punto de establecer una Estación naval. Su cordialidad para con una de veintena de jóvenes que invaden su territorio se combina también con el resguardo sigiloso que le dan a la isla. Estar acá permite apreciar y reconocer el trabajo que la Marina realiza para velar por el bienestar nacional.

Unas breves pero concisas palabras en el muelle de la isla de parte del personal de la Marina nos dan la bienvenida a este territorio que puede verse representado con una frase de *Le Petit Prince*: "Lo esencial es invisible a los ojos". Estar en la Isla San Lorenzo implica no solo estar atento con los cinco sentidos para captar una imagen: requiere entender el significado y la historia del lugar cuyas quebradas, abismos, cavernas horadadas y pequeñas playas encierran más de una historia.



Explorando la isla. Foto: Ximena del Rio.

La expedición fotográfica tuvo como guía al historiador William Chamorro, Técnico de la Marina, con estudios en Historia y que se desempeña como tal en la Dirección de Intereses Marítimos, quien demostró no ser solo un experto en lo concerniente a la Isla San Lorenzo, sino también en cruzar accidentados caminos, similares a la convulsionada historia de este territorio que destacó porque fue la Base de operaciones de varios piratas ingleses y holandeses que asaltaron el Callao, y porque fue el lugar donde el ejército español se refugió durante el Combate del 2 de Mayo. Pero este oscuro pasado contrasta con la luz que irradia el lugar, capaz de encantar a sus visitantes con sus texturas en el paisaje, con la agresividad de sus contornos, con la paz de sus alturas y con la reflexión que dejan las ruinas y escombros que se esparcen sobre sus tierras.



Comité de bienvenida.
Foto: Luis Fernando Vallejos.

Las dunas y quebradas delinean un cuerpo semejante a un hombre que duerme una siesta y resulta inevitable no pensar en la presencia del diácono Lorenzo. Las cavernas horadadas al borde de las playas de la isla invitan a encontrar los tesoros del lugar, que aunque no son de oro ni plata, guardan un valor especial: las huellas de los transitorios habitantes que permitieron crear una mística a un territorio complejo, capaz de transmitir paz con su vista privilegiada de Lima y ser el mismo tiempo un cementerio para centenares de hombres que se desvivieron por conquistar a la capital peruana.

Durante las más de cinco horas de estadía, el tiempo pareció no existir. Y uno solo se pudo dar cuenta del paso de los minutos y las horas cuando las piernas tambalearon por el calor y el desgaste del recorrido. Pero ese cansancio contrastó con la satisfacción de sentirse más vivo que nunca gracias a una isla que, aunque algunos den por inerte, es capaz de hacer florecer imágenes que quedarán en la posteridad. Imágenes que nacieron producto de entender la esencia de la isla: su rebeldía para no dejarse domar por cualquiera. Y es justamente esa idea la que se encuentra en cada una de las fotografías que surgieron aquella mañana de Mayo en la que una veintena de jóvenes se dejaron conquistar por un espacio que puede resultar invisible a los ojos pero no al corazón.



Foto: Neblina Vespertina / Natalia Ulloa.